

Autor: Abilio Ayuso
EL RAYO

Ilustrador: Alejandro Ortigosa Quevedo



Si te encomendaran la sagrada misión de salvar el planeta,
aunque ello te costara la vida.
¿No sería justo a cambio obtener algún capricho?

+14

Siempre he sido consciente de que tengo aspecto de buena persona, pero del tipo inteligente, no bobalicón, y además lo soy, aunque sin pasarme. Por otro lado, mi carácter y mi personalidad lo corroboran.

Tal vez por eso la gente acostumbra a confiar en mí y creer en lo que les digo o les recomiendo.

Puede que ese sea el motivo por el que hago amigas con gran facilidad, en cualquier sitio, en la peluquería, en el trabajo, el autobús que tomo regularmente... A pesar de que soy un hombre de mediana edad sin una belleza ni un físico especial, mi lista de amigas es interminable.

La gente se sorprende, y muchos me envidian, al verme siempre rodeado de chicas guapas, si deseo ir al cine, a la playa, a comer a tal restaurante, siempre encontraré alguna de ellas dispuesta a acompañarme.

Sin embargo, la cosa no pasa de ahí, porque son solo buenas amigas que confían ciegamente en mí y nunca se me ocurriría insinuarles que pasáramos al siguiente nivel.

Además, yo estoy felizmente casado (Aunque todo es mejorable) con una mujer de mi edad que es una bellísima persona, demasiado buena a veces, y sería incapaz de realizar algo que la entristeciera.

Ella vino desde su soleado sur hasta mi nublado y tormentoso norte para realizar unos estudios, nos hicimos amigos... Y este ha sido el único caso en que la amistad ha ido a más, aunque ni siquiera estoy del todo seguro, porque conmigo es una mezcla de enfermera, amiga, mamá, hermana y amante moderada.

Cuando nos conocimos yo acababa de perder a mi madre, que era toda la familia que me quedaba, en un desgraciado accidente. A veces pienso que aquella amiga se compadeció de mí y tomó la misión de proporcionarme una nueva familia.

El problema es que, al contrario de mí, ella tiene en su dorado sur toda la parentela con vida, padres, hermanos, tíos, primos, sobrinos y hasta una abuela más vieja que la tos, además ellos son como una piña, siempre están unos en casa de otros y se juntan con la más mínima excusa.

Reconozco que me agobiaría vivir allí, porque además del calor, que detesto, me gusta tener un poco de intimidad en mi propia casa y no soporto las visitas inesperadas.

En contadas ocasiones vienen de vacaciones algunos familiares de mi mujer, pero con preaviso y en grupo reducido porque la casa no da para más, además me consta que nuestro clima tan poco soleado y nuestro mar siempre frío y encrespado no son santo de su devoción.

Sin embargo, mi mujer, con una excusa u otra casi pasa más tiempo con ellos que conmigo: Que si su mamá ha cogido la gripe, que ha nacido una sobrinita o que otra hace la primera comunión, cualquier excusa es válida para pasarse allí un par de meses.

Nunca se lo he reprochado, en principio porque ella no necesita trabajar, con lo que yo gano tenemos de sobras para vivir acomodadamente, y en segundo lugar porque sé que si la presionara para que permaneciera aquí todo el tiempo se acabaría marchitando como una flor, mientras que por el contrario cuando vuelve de su tierra viene radiante y agradecida de que yo le permita estar allí tantos días sin enfadarme.

Cuando nació nuestro hijo, en cuanto el niño estuvo en condiciones para soportar un desplazamiento siguió haciendo sus acostumbrados viajes, aunque esta vez llevándolo con ella, pero cuando se escolarizó tuvo que atenerse a las vacaciones del colegio.

En ocasiones cuando el niño salía de la escuela el día antes de Semana Santa ya le esperaba en un taxi, con las maletas cargadas, para marchar disparados hacia el aeropuerto.

Lo peor eran las navidades, aunque no soy demasiado tradicionalista, me recordaban las que había celebrado con mis padres, cuando aún vivían, y me entristecía pasarlas solo.

A las vacaciones de verano sí que les puse límite, dado que yo tenía la sana costumbre de cerrar el despacho durante el mes de agosto, acordé con mi mujer que podían pasar con su familia desde que el niño acabara la escuela

hasta finales de julio, pero en agosto marcharíamos los tres juntos de vacaciones, y por supuesto bien lejos de sus parientes.

Cuando el niño cumplió diez años comenzó a cansarse de tanta familia, prefería ir a esquiar conmigo, o a la montaña, o simplemente tener ocasión de quedar con sus amigos. A partir de ahí los viajes de mi mujer ya no tenían por qué encajar con las vacaciones del niño.

Por otro lado, ella estaba tranquila aunque estuviéramos un mes sin su presencia, en principio porque yo siempre he sido muy apañado y en segundo lugar porque teníamos una chica de la limpieza que lo mismo podía barrer que coser o cocinar. Por supuesto aquella muchacha también era muy amiga mía y le encantaba contarme todos sus secretos y chafarderías.

Y este podía haber sido el principio y final de mi historia, envejeciendo plácidamente, de no ser por el suceso que cambió por completo mi vida.

Se celebraba una fiesta popular en la Plaza Mayor de nuestro pueblo, yo había engatusado a mi hijo para que me acompañara, pensaba que el chico a sus dieciséis años debía socializar más, conocer chicas y olvidarse del ordenador, aunque fuera por un rato.

A tal efecto, me había apalancado en una de las mesas dispuestas disfrutando de una jarra de cerveza, mientras mi hijo permanecía en pie para poder contemplar en directo como un conjunto llamado los Sacapus destrozaban entusiasmados alguno de los grandes éxitos del momento.

Al percibirlo por primera vez no le di gran importancia, era un tenue foco que surgía desde el cielo nublado moviéndose por entre la gente que abarrotaba la fiesta, ya no me gustó tanto cuando se detuvo sobre mi hijo, en principio lo había tomado como parte del espectáculo, pero... ¿Cuál era su procedencia, un helicóptero tal vez?.

Cuando mi hijo, que había notado aquel extraño enfoque, comenzó a moverse, incluso en zigzag y el foco le siguió, me saltaron todas las alarmas, algo me dijo que aquello era como el láser que apunta para no errar el disparo, corrí hacia él y como en aquella explanada de cemento no había lugar donde esconderlo hice lo primero que se me ocurrió, interponerme

entre él y el foco con los brazos en cruz tratando de presentar la mayor superficie posible mientras le gritaba: “¡Detrás mío!”.

Acerté el momento exacto porque justo en ese instante descendió por la misma trayectoria del foco una especie de luz sólida que me impactó de lleno. Lo curioso es que en lugar de presionarme contra el suelo me levantó a un metro de altura, dejándome colgado como un Santo Cristo que mirara al firmamento, mientras un alarido inhumano se escapaba de mi garganta.

Recuerdo la sensación de una energía brutal recorriendo todo mi organismo, de repente fui consciente y sentí cada órgano de mi cuerpo, cada tendón, cada músculo, como nunca los había sentido, notaba que me iba empapando, llenando de aquella energía, pensé que si el proceso duraba unos segundos más moriría reventado, así que luché contra ello con todas mis fuerzas.

Con un esfuerzo heroico fui cerrando los brazos apuntándolos en dirección a la procedencia de aquel rayo, cuando lo conseguí, me concentré en devolver esa energía que me estaba matando a su origen, contraatacando.

Bolas de luz sólida surgieron de mis manos y corrieron el camino inverso hasta no se sabe dónde, una explosión lumínica convirtió la capa de nubes en un lienzo de infinitos colores, el rayo tractor cesó de sostenerme y caí al suelo medio arrodillado, desprendiendo humo y vapor.

Un médico que asistía a la fiesta aseguró que estaba cubierto por quemaduras de tercer grado.

Sin embargo, yo sabía que lo peor había pasado, y que la medicina convencional no podría hacer más que empeorar las cosas, me puse dificultosamente en pie, con una voz de ultratumba le ordené a mi hijo un simple “vamos” y ante la mirada aterrorizada del público me dirigí a nuestra casa, que estaba a escasos metros de la plaza.

Lo primero que hice al llegar fue desprenderme de los harapos en que se había convertido mi ropa, seguidamente acercarme a la nevera e ingerir una buena porción de alimento, principalmente a base de leche, huevos crudos y chocolate, lo cual, en condiciones normales me habría provocado un

revoltijo de estómago, sin embargo, me acompañaba una extraña lucidez, sabía perfectamente lo que debía hacer y lo que no.

Esa misma lucidez me hizo llamar a mi hijo y tomar suavemente sus manos con las mías quemadas, al instante una extraña corriente fluyó de mí hacia él, seguidamente, le miré a los ojos y con una voz que más parecía el ronquido de un sapo le dije: “Ahora llamarán a la puerta, interesándose por mi estado y pretendiendo verme, les dirás que estoy bien y que estoy descansando para recuperarme, nadie debe pasar”.

Apenas había acabado de pronunciar aquella frase cuando llamaron insistentemente a la puerta, mi hijo se acercó para abrirla con una decisión inusitada, podía oír las frases que decía, pero las de sus interlocutores eran como un murmullo del que mínimamente comprendía el significado.

Me sentí orgulloso cuando con voz decidida y desafiante le oí decir: “No me importa que sean la policía, ni médicos, ni aunque viniera el obispo, mi padre necesita únicamente descanso y si quieren entrar en esta casa traigan una orden judicial”.

Esa forma de actuar era impropia de aquel chico tímido y retraído.

En los días siguientes, en muchas ocasiones le dije que se sentara a mi lado y tomara mis manos con las suyas para ayudar a que me curara, aunque yo sabía perfectamente que ni él me curaba ni yo necesitaba su ayuda, por el contrario, le estaba transmitiendo algún tipo de energía positiva que le haría experimentar una mejora cualitativa en todos los aspectos.

A pesar de que procuramos ocultárselo, mi mujer se enteró de la noticia al cabo de un par de días y nos telefoneó desesperada, oí como mi hijo le decía: “Tranquila mamá, le cayó un rayo por protegerme, pero está bien - Ahora está durmiendo y no quiero despertarle, necesita descanso - No te hemos dicho nada por no asustarte - No hace falta que vengas si no quieres y más si estás cuidando de la tía Rosa - Bueno, pues ven, pero sin hacer tonterías no vayamos a tener otra desgracia que lamentar - Eso sí que no, ven tu sola, ahora es el peor momento del mundo para visitas, papá sólo necesita descanso y que nadie le moleste”.

En cualquier otra ocasión, a mi mujer le hubiera sorprendido y tal vez molestado que su hijo le hablara así, pero tal vez le pasó desapercibido por

la gravedad de la situación, o pensó que el suceso estaba sacando de él al hombre que llevaba dentro y estaba intentando tomar las riendas.

El hecho apenas tuvo difusión en las noticias, en principio porque cualquier intento de grabación con un móvil quedó frustrado, tal vez por la potencia de aquel súper rayo que hizo que, o no se grabara nada, o incluso el propio aparato se averiara. Sin pruebas concretas todo eran habladurías, incluso se habló de histeria colectiva, al final la noticia se resumió diciendo: “Un hombre da un portentoso salto para detener con su propio cuerpo el rayo que hubiera impactado sobre su hijo, la familia nos comunica que, aunque presenta alguna quemadura leve se recupera con normalidad en su domicilio”.

En otra ocasión llamaron del juzgado y pude oír como mi hijo contestaba con todo aplomo: “Si señoría, mi padre está bien física y psicológicamente, se recupera de una forma admirable, está descansando y alimentándose muy bien y lo que menos necesita es que lo utilicen como conejillo de indias, que en el fondo es el interés que les mueve para solicitar esta orden”.

El guardia urbano, el médico y la asistente social se quedaron muy sorprendidos cuando el juez les denegó el acceso a nuestra vivienda y les advirtió que se abstuvieran de molestarnos.

Por supuesto mi mujer llegó en menos de veinticuatro horas, su cara expresaba cansancio y preocupación, tal como habíamos acordado la recibió el muchacho, le tomó las manos y mirándole fijamente a los ojos le dijo: “Escúchame mamá, papa tiene quemaduras, pero se está recuperando muy bien y lo que necesita es nuestro apoyo y entereza, así que nada de lágrimas ni histeria, ¿De acuerdo?”.

En cualquier otra ocasión mi mujer lo hubiera apartado diciéndole algo así como: “¿Tú que te has creído hablarle así a tu madre?, mocoso”, pero esta vez se limitó a asentir con la cabeza.

Aunque mis quemaduras cicatrizaban a una velocidad de vértigo, aún estaba hecho un asco, pero ella resistió el impacto, se abrazó a mí y me dijo: “Tranquilo cariño, ya estoy aquí para cuidarte, te pondrás bien”.

En las tres semanas siguientes los cambios fueron impresionantes, mi escaso pelo que se había quemado por completo fue sustituido por una fuerte cabellera y barba espesas sin atisbo de canas, mis dientes se cayeron por completo mientras una nueva dentadura perfecta comenzaba a sustituirlos, las gafas de ver, tanto de cerca como de lejos fueron al cubo de la basura, la grasa abdominal se estaba convirtiendo en una musculatura envidiable, mi piel volvía a aparecer con un precioso color bronce, y lo más significativo es que estaba creciendo día por día.

Sin embargo, esa transformación física no era lo más admirable, porque paralelamente a ella notaba que mi lucidez y capacidad mental aumentaba hasta límites inimaginables, sabía lo que pensaba la gente de mi alrededor aunque no los tuviera a la vista, podía influir en ellos y anticiparme a sus decisiones.

Cuando alguien se dirigía hacia mi casa para interesarse por mí, más bien digamos chafardear, hacía que se arrepintiera antes de tocar el timbre.

Con quien fui más duro fue con el periodista que convenció a los vecinos para que le permitieran pasar desde su terraza al muro que separaba nuestros jardines para conseguir hacer fotos del interior de nuestra casa.

A pesar de que el muro era muy ancho y se podía caminar por él, hice que perdiera pie y cayera de espaldas al duro patio de cemento de los vecinos, con lo cual se partió la columna vertebral.

Día tras día continué transmitiendo energía a mi hijo, ahora ya sin excusa alguna, tomaba su cabeza entre mis manos, apoyaba mi frente en la suya y permanecíamos así un par de minutos, poco a poco fue experimentando un cambio brutal, el muchachito enclenque y tímido que era se convirtió en un mocetón atlético, fuerte, seguro de sí mismo y con un coeficiente intelectual que se disparaba.

A quien me costaba más transmitir esa energía positiva era a mi esposa, yo intuía la razón, ella no tenía mis propios genes, sin embargo, acabé descubriendo la forma abreviada para conseguirlo.

Fue el día en que la convencí de que estaba en perfecto estado y podíamos volver a hacer el amor sin peligro, finalmente accedió con la condición de

que fuera de una forma rápida y suave, pero aquello fue cualquier cosa menos rápido y suave, nunca la había visto gemir, temblar, babear y aullar con los ojos en blanco de aquella manera, tuvimos un orgasmo brutal que yo supe modelar igual que el ceramista con un pedazo de arcilla.

A partir de entonces repetimos a diario y también se produjo en ella la transformación, rejuveneció, creció, le desaparecieron las incipientes canas, fue adquiriendo un tipazo de modelo y su carácter mejoró, sin perder su anterior dulzura ganó en energía, seguridad, fuerza y espíritu positivo, incluso le desapareció una cicatriz de una antigua operación.

Cuando volví al trabajo, avisé previamente del cambio sufrido, envié fotos por el móvil, pero todo fue en vano, no acababan de hacerse a la idea de que era yo mismo, y tal vez tenían razón porque en una hora escasa asimilé todas las novedades que se habían producido en mi ausencia y a lo largo del día hice que la pequeña empresa de mi propiedad tuviera un empuje astronómico, sabía que negocios debía aceptar y cuales rechazar, realicé jugadas geniales contra aquellos que pretendían engatusarnos aprovechándome de su malicia para desplumarles, a lo largo de una semana conseguí el beneficio necesario para subsistir un año.

A pesar de mi discreción las noticias volaban, el hombre atacado por un rayo es ahora más alto, fuerte y joven, los periodistas intentaban acosarme y aunque podía rechazarles perfectamente haciendo que tuvieran un repentino ataque de diarrea o tropezaran y se les rompiera la cámara, esas casualidades no hacían más que avivar su imaginación.

También sufrí un intento de secuestro, lo supe perfectamente cuando cinco hombres con rostros pétreos subieron a mi autobús de uno en uno, sabía que iban armados y que les esperaba un furgón tres paradas más adelante, en este caso no me anduve con tonterías, necesitaba dar un escarmiento, al llegar a la parada hice que se bajaran, mataran al conductor del furgón y fueran a asesinar a los superiores que les habían encomendado el trabajo, siendo ellos también abatidos.

Los servicios de inteligencia taparon como pudieron el escándalo justificándolo como un ataque terrorista.

Un impacto aún mayor fue cuando mandaron un helicóptero para sobrevolar la zona en que yo habitaba y rociarla con gas anestésico, la idea era decir que se había producido un escape en alguna factoría química pero no era letal, una vez anestesiado, unos supuestos servicios de emergencia hubieran penetrado en mi casa y me hubieran trasladado a un centro de investigación preparado a tal efecto.

Hice que el piloto del helicóptero hiciera contra su voluntad varias pasadas a baja altura sobre un festival de música que agrupaba a miles de personas, fue el caos, en cuanto la gente comenzó a caer anestesiada todos pensaron que era un ataque terrorista con gas letal y huyeron a la desbandada, al final aterrizó en mitad de los cuerpos caídos y quedó anestesiado con su propio gas, cuando se disipó el efecto la gente que volvía a recoger a sus amigos y familiares lo linchó a patadas.

El escándalo fue tremendo, con aquella confusión y tanta gente sin conocimiento hubo robos, violaciones, secuestros... Alguna cámara grabó a unos hombres metiendo a tres muchachas sin sentido en el portaequipajes de su coche y llevándoselas quien sabe a dónde, lo peor del animal humano tuvo rienda suelta.

Evidentemente todas las culpas fueron a parar al fallecido piloto, que supuestamente tuvo un ataque de locura, pero eso no fue todo, hice que los supuestos servicios de emergencia que debían trasladarme se pusieran en marcha sin mí y al llegar al centro de investigación le prendieran fuego.

A partir de ahí pensé que debía aclarar ciertos temas, no podía andar cargándome matones e invalidando periodistas, así que me puse en contacto con algunos de los medios que más me molestaban y dicté mis condiciones: Respondería a todas sus preguntas en un programa de televisión en directo al cual podrían conectarse todas las emisoras que lo desearan, en la sala habría un moderador y todos los periodistas que desearan asistir, no importa a que medio representaran, sin embargo no habría público ajeno a los medios de comunicación.

Sorprendentemente aceptaron todas mis condiciones, el día señalado me presenté en una sala más abarrotada de lo que me imaginaba y tras una breve exposición del moderador presentando fotos mías anteriores para

dejar bien patente el cambio sufrido me dijo: “¿Sería usted tan amable de relatarnos los hechos de aquella tarde bajo su punto de vista?”.

Lo primero que hice fue mentir como un bellaco: “En principio una advertencia, junto con el rayo que me cambió, llegó una fuerza, una especie de ente Interdimensional cuya única finalidad es protegerme de todo y de todos para que pueda cumplir la misión encomendada, esa entidad actúa completamente ajena a mí, yo no tengo el más mínimo control ni conocimiento de lo que puede llegar a hacer, pero su poder es absoluto, podría destruir un país si lo creyera oportuno”.

En realidad, el poder lo poseía yo, pero quería desvincularme de ello, hacer ver que yo no sabía nada ni era responsable de lo que pudiera pasar si alguien me atacaba.

De inmediato se presentó una ocasión perfecta para efectuar una demostración porque el moderador, tal vez porque se lo habían ordenado o de motu propio, con una sonrisa sardónica dijo: “¿Así que usted afirma que los mismos marcianos que mandaron el rayo han enviado un monstruo invisible y todopoderoso que le protege?”.

Solo le contesté: “¿Como ha dicho?” mientras le mandaba una andanada de energía negativa.

Fue a decir algo, pero de su garganta solo salió una tos horrible, pocos segundos después comenzaba a brotar sangre de su nariz, ojos y boca, se levantó y dio apenas tres pasos para caer al suelo.

Al cabo de un momento el realizador tomaba el micrófono para decir: “Lamentamos comunicar que nuestro moderador ha sufrido una indisposición, ¿Alguno de los periodistas presentes desea tomar su puesto?”.

Tras unos segundos de silencio agónico se levantó una muchacha con aire decidido, me cayó bien desde el principio porque, aunque muy atractiva no era un simple florero, tenía carácter, inteligencia y resolución.

Después de presentarnos lo primero que me preguntó fue: “¿Lo del moderador ha sido casual?”.

“Me temo que no, el sentido de protección de este ente es muy amplio y toma sus propias decisiones, yo no puedo influir sobre él en absoluto, así que por favor te ruego que midas tus palabras, no soportaría ver a una muchacha tan agradable como tú hecha polvo”.

“No te preocupes, yo no soy adicta a la telebasura, ¿Por dónde empezamos?”.

“En principio por salvar el honor de aquellas personas que declararon lo que vieron y les tomaron por locos o histéricos, es cierto que esa especie de rayo de luz sólida me levantó del suelo durante un minuto”.

“Pero luego cuentan que contraatacaste y los destruiste con una explosión”.

“¿Contraatacar?, que gracia, yo tendría tantas posibilidades de atacar aquello que me mandaba el rayo como una pulga de destruir el Sol. Para que lo entiendas es como cuando pones una garrafa bajo el chorro de una fuente, cuando está llena salpica, la explosión de luz era la energía sobrante”.

“¿Y cuál crees que es el propósito de esa energía extraterrestre?”.

“A estas alturas ya lo sé perfectamente, existe una amenaza que destruirá toda la vida sobre el planeta, a mí se me ha dado la herramienta para impedirlo, aunque probablemente moriré en el empeño”.

“Eso quiere decir que la fuerza que te protege...”.

“Efectivamente, está protegiendo de forma indirecta a toda la humanidad, a toda forma de vida, por eso cualquiera que de una u otra forma me ataque es un ignorante, un imbécil o ambas cosas”.

“¿No te asusta tener que morir en ese acto heroico?”.

“Si, pero más me asusta que mueran mi mujer, mi hijo, todas las personas que aprecio y todo aquello que amo”.

“Bien, y cambiando de tema, mientras llega ese momento decisivo tal vez puedas hacer el bien a menor escala porque dicen que tu mujer y tu hijo han sufrido un cambio espectacular, tal vez podrías curar alguna enfermedad”.

“Podría curar cualquier enfermedad, sin embargo, no sé por qué, esa posibilidad se limita a un número muy reducido de personas”.

“¿Y quiénes son los agraciados?”.

“En este caso agraciadas, no puedo actuar con un hombre porque los polos iguales se repelen, si lo intentara sólo conseguiría perjudicarlo, la única excepción es mi hijo porque tiene mis propios genes, en cuanto a las mujeres solo podría intentar ayudar a aquellas personas con las que tengo una relación positiva desde antes del suceso y aun así resultaría muy difícil”.

“Ósea que, aunque me vieras morir corroída por un cáncer...”.

“No podría hacer nada por ayudarte, a partir del rayo se cerró el cupo, tal vez la entidad que me ha dotado de esta energía no desea que la gaste en acciones individuales y ha cerrado la posibilidad, solo queda la rendija de aquellas amigas que ya estaban en mi espíritu antes del suceso, afortunadamente esa conexión no ha conseguido cortarla del todo”.

En aquel momento entró el realizador todo azorado diciendo: “Disculpen, me informan que en su casa se ha producido un tiroteo, hay varios muertos”.

Me levanté y le dije a la muchacha: “Me ha encantado hablar contigo, cuando quieras podemos continuar la entrevista, pero ahora debo marcharme”.

En realidad, no estaba preocupado porque sabía perfectamente lo que había pasado. Durante la entrevista mi hijo se había puesto en contacto telepático conmigo para decirme que unos hombres habían saltado el muro del jardín y estaban forzando la cerradura mientras que dos furgones negros permanecían aparcados frente a la casa con el motor encendido.

La idea que le transmití fue clara: “Tranquilo, no le digas nada a mamá, concéntrate, yo desde aquí te ayudaré, haz que se maten entre ellos”.

Al cabo de tres minutos nueva transmisión: “Hecho, pero queda un malherido”.

“Haz que se meta su propia pistola en la boca y dispare”.

En este caso el escándalo fue imparable, la gente pedía explicaciones y la policía no podía proporcionarlas, los furgones, eran robados, las armas fue imposible saber su procedencia y en cuanto a los matones... El mayor misterio, no constaban en ningún registro de ningún país, ni ellos ni sus huellas dactilares ni su ADN, ni una ficha dental, como si nunca hubieran existido.

La ventaja de este suceso es que por fin nos dejaron en paz, tal vez porque se tragaron lo de la fuerza protectora o lo de que estaba destinado a salvar el planeta o porque el público estaba ya furioso al comprobar que existían organizaciones criminales capaces de burlar todos los sistemas de seguridad del país.

Poco tiempo después me telefonearon desde el despacho de abogados más importante del país para solicitarme una entrevista, “Es para un asunto de su interés”, dijeron, les contesté que lo dudaba, pero los cité en mi domicilio al día siguiente.

Vinieron a verme los dos socios fundadores del bufete, “Que categoría”, exclamé al reconocerles, a lo que me contestaron: “Nunca dejamos los negocios importantes en manos de subalternos”.

“Bueno, pues ustedes dirán”. En realidad, yo ya lo sabía todo, venían contra su voluntad y con miedo de que un desliz les hiciera acabar como el moderador de la televisión, pero no se atrevieron a negarse al grupo de personas que representaban, que en realidad eran los que manejaban el mundo en la sombra, querían saber que había de cierto en eso de que yo debía salvar el planeta y averiguar en que podía ese asunto beneficiarles o perjudicarles.

“Bien pues somos unos simples delegados, en realidad representamos a gente muy importante, más importante de lo que usted se pueda imaginar”.

“No crean, yo tengo mucha imaginación, pero se equivocan en algo, están sobrevalorando a sus jefes, porque la persona más importante del mundo está aquí con ustedes”.

“¿Como dice?”.

“Si sus jefes desaparecieran repentinamente, el mundo, mejor o peor seguiría, incluso tal vez mejor, pero si desaparezo yo, muere el mundo entero, incluidos ustedes y sus jefes. Aunque consiguieran prever el desastre y partir a bordo de una nave espacial no harían más que alargar su agonía”.

“Pero... ¿Usted sabe que es lo que va a pasar exactamente y cuando sucederá, porque si no como va a combatirlo?”.

“En este momento no tengo la menor idea, pero sé que lo sabré con tiempo sobrado”.

“¿Tendrá entonces la amabilidad de avisarnos?”.

“Tendré la amabilidad de avisarles a ustedes y al resto de la humanidad al mismo tiempo”.

“Eso podría ser un error, la gente se asustaría, podría haber desmanes...”.

“Ya imagino que sus jefes piensan que hay que mantener tranquilo al rebaño de borreguitos para que produzcan, pero yo opino que muchos de esos borreguitos tal vez sean gente más capacitada que sus jefes pero que simplemente no tuvieron la ocasión ni las ventajas familiares para poder demostrar su valía”.

“Puede que tenga usted razón y haya gente muy capacitada, pero el grueso de la masa es ignorante”.

“Afortunadamente para sus jefes, pero la decisión está tomada, así que resumiendo: Que su grupillo de monarcas en la sombra procure que yo esté tranquilo y pueda hacer mi trabajo si quieren conservar la vida, en principio por el ente protector, nadie está a salvo de su mano alargada y en segundo lugar porque si yo no actúo todos mueren”.

“Pero... ¿Si usted fallara o le pasara algo, no enviarían otro rayo de esos?”.

“No, eso lo sé con seguridad, esto es oportunidad única, a vida o muerte”.

“Bien, si podemos ayudarle en algo”.

“Quien sabe, igual les pido con todo el morro que nos lleven de vacaciones a mi familia y a mí en un jet privado a una de esas islas paradisíacas que seguro que tienen por ahí, que menos, ya que les voy a salvar el negocio y la vida”.

“Si lo desea, estamos convencidos de que no habría ningún problema”.

“Me lo pensaré”.

Yo cada vez iba menos por el despacho y más de vacaciones con mi mujer y mi hijo, total, en un día podía conseguir todo el beneficio del año, pero dejé que la empresa siguiera funcionando, por respeto a mis empleadas, que al mismo tiempo eran mis amigas, por eso me extraño cuando Yolanda me pidió si podría pasar por la oficina, aunque solo fuera media hora.

A través del teléfono no pude averiguar de que se trataba, así que le dije que pasaría a primera hora del día siguiente, el asunto tenía que ser grave, sino ella jamás me habría molestado.

Tal como había prometido, a las nueve de la mañana estaba allí. La mente de la chica estaba tan perturbada que no intenté sondearla y dejé que ella misma se explicara, pero la conversación tomó un giro inesperado.

“Pablo, tú eres mi amigo, ¿Verdad?”.

“Ya sabes de sobra que sí, so tonta”.

“Bien, en tu entrevista televisada te oí decir que no podías ayudar a nadie, excepto aquellas mujeres que eran tus amigas antes de lo del rayo”.

“Si, es cierto”.

“Me han detectado un cáncer terminal en el cerebro, voy a morir a mis veintiocho años, por eso te pido ayuda, ¿Puedes curarme?”.

“Si que puedo, pero hay efectos secundarios”.

“¿Cuales?”.

“Bien, lo que te voy a explicar es absolutamente confidencial, no podrás contarlo a tu novio, ni a tus padres, ni a nadie, porque de lo contrario el ente que me protege lo tomaría como una agresión hacia mí y podrías quedarte muda, paralítica o algo peor”.

“Solo por darte mi palabra ya es suficiente, no hace falta que el espíritu vengador me acose”.

“Perfecto, pues imagina que llegas a un refugio de montaña a punto de congelarte y encuentras una bombona de butano repleta y una estufa, pero nada más”.

“La encendería como fuera”.

“Estás equivocada, morirías de frío o, si hacías muchas chapuzas, la bombona explotaría, porque te faltaría el regulador, que es un capuchón que va encima de la bombona, la goma de conexión con la estufa y unas cerillas, aun teniendo todo eso, deberías que abrir la válvula del regulador, el grifo de la estufa, presionar el botón de encendido y aplicar la cerilla”.

“Vale, ¿Y que tiene que ver eso con mi caso?”.

“Es muy sencillo, desde el primer momento pude transmitirle energía a mi hijo, porque tiene mi ADN, pero con mi mujer no funcionaba hasta que hicimos el amor, conexión directa, durante el mutuo orgasmo la barrera se relaja y la energía fluye”.

“¡Hostia!, ¿Quieres decir que si quiero curarme me tengo que dejar follar?”.

“No has entendido nada, tú quieres sacar agua del pozo para no morir de sed, pero el pozo no se matará por dártela, esto no es como ir al hospital a espatarrarte y que te pongan una lavativa o un escáner vaginal, si vas con

esa idea perderemos el tiempo, te aprecio muchísimo, pero no estoy enamorado de ti. Para que las barreras cedan, de alguna manera te las tendrás que apañar para conquistarme, enamorarme, hacer que te desee, hasta conseguir que tengamos una relación maravillosa y apasionada y cuando se produzca un orgasmo mutuo brutal la energía fluirá hacia ti, y no solo te curarás, sino que tu físico, tu intelecto toda tú, darán un salto brutal”.

“Suponiendo que me decido, ¿Cómo me las apaño con mi novio y la demás gente, lo del cáncer puede ser un milagro, pero crecer diez centímetros y tener un tipo de amazona... Todas las miradas apuntarán a ti”.

“Muy sencillo, explicas la verdad, pero matizada, que puedo curarte pero necesitamos estar cuatro o cinco días solos, apartados de la civilización para que yo pueda concentrarme y lograr el paso de la energía, lo cual es verdad, sólo le ahorras los detalles”.

“¿Y tu mujer, como lo tomará?”.

“Es muy buena persona, le daré la misma versión que a tu novio, además ahora está en casa de su familia”.

“Y a ti, ¿No te sabrá mal ponerle cuernos?”.

“¡No le estaré poniendo cuernos, estúpida!, te estaré salvando la vida, ¿O es que crees que cuando un ginecólogo está extrayendo un tumor vaginal le está poniendo cuernos a su mujer por tener la mano dentro del coño de otra?”.

“Bueno perdona, no quería ofenderte”.

Finalmente pasamos una semana en mi casa de la montaña, el novio dijo que quería estar presente, ella explicó que imposible, él contestó que entonces no fuera, y ella sentenció: “¿Ósea que prefieres verme muerta antes que pase cuatro días a solas con mi jefe?, no vaya a ser que me toque el culo y tu no estés para controlarlo, pues ya te puedes ir a la mierda, no quiero estar con un cerdo egoísta”.

El primer día ella estaba tímida y reticente, me hacía mimitos, se abrazaba a mí, hasta que le dije: “Yolanda, tú eres para mí como una hija, has de conseguir que rompa ese tabú o la cosa no va a funcionar”.

A partir de ahí se dejó de tonterías y descubrí que podía ser una amante brutal, ella también descubrió que yo podía provocarle unos orgasmos como nunca había sentido, al cabo de dos días me dijo: “Me siento maravillosamente bien, ¿Tú crees que ya me habrás traspasado suficiente energía?”.

“Continuemos dos o tres días más, con la salud no se juega”.

“Tienes toda la razón”, dijo con una sonrisa picarona mientras se quitaba las bragas.

La noticia corrió como la pólvora: Yolanda se cura, se adelgaza, le crecen las tetas, se le quitan las manchas de la piel... No pasó demasiado tiempo hasta que otra de mis amigas me pidiera audiencia, pero cuando le expliqué las condiciones puso cara triste y negó con la cabeza, lo cual me extrañó porque ni estaba comprometida ni era una mojigata, sino más bien lo contrario, al final me confesó: “No puedo hacerte esta putada, tengo el sida, te contagiaría a ti, tú a tu mujer... Etc.”.

Le di un beso en los labios, limpié sus lágrimas y le dije: “Tranquila, no me vas a contagiar y por el contrario te vas a curar y podrás hacer el amor con quien quieras, tener hijos y lo que te dé la gana”.

Sonrió y me dijo: “¿Cuándo vamos?”.

Con ella no hubo problemas de timidez, de camino a la casa de la montaña ya me había desabrochado los pantalones en el propio coche y me estaba poniendo a cien, solo llegar comenzó a quitarse la ropa en el porche y quiso hacer el amor en la cama, en la bañera, en la hierba, en cualquier sitio, suerte que yo controlaba que cualquiera que se dirigiera hacia aquella zona cambiara repentinamente de idea y que los mosquitos y otros bichos picópteros tuvieran de repente instintos suicidas y se dirigieran hacia las telas de araña o al lago con los peces.

Cuando volvíamos a la ciudad después de una semana, se limitó a decirme: “Repetiremos”.

A lo que le contesté: “Cariño, ahora estás curada y no lo necesitas, no voy a negar que me has hecho muy feliz, pero yo quiero a mi mujer, esto ha sido salvarle la vida a una amiga, pero lo siguiente sería ponerle los cuernos”.

El caso más espectacular fue cuando mi compañera de autobús perdió una pierna en un accidente de moto, cuando le dije que podía hacer que le volviera a crecer lloró de alegría, prácticamente se escapó del hospital con el muñón sin cicatrizar, con ella el sistema tuvo que ser diferente, nada de pasión desenfrenada tuvo que dejar que yo la amara dulcemente.

Al día siguiente había cicatrizado por completo, al otro comenzó a surgir un bulto de su muñón, al tercero el bulto se fue alargando y tomando forma de piernecita de bebé, a los diez días tenía una pierna nueva con una piel blanca que contrastaba con su gemela, los dos últimos días fueron de pasión desenfrenada.

El caso más triste fue el de mi propia secretaria, yo sabía que era una mujer de principios, pero ignoraba hasta qué punto, ella creía lo que las otras mujeres habían explicado, que habían estado horas y horas en completa soledad y absoluta concentración conmigo, con mis manos sobre su cabeza, por eso cuando le expliqué el auténtico sistema se entristeció y contestó con un susurro: “Si esa es la única fórmula renuncio, me quedo con mi tumor maligno”.

No tardó mucho en coger la baja, de ahí pasó al hospital, pero el tratamiento no funcionó, finalmente la mandaron a casa para morir. Pocos días después recibía una llamada suya, con una voz casi inaudible me dijo: “No me dejes morir, mis hijos me necesitan”.

Lo dejé todo, aparqué el todo terreno encima de un jardincillo delante de su casa subí los escalones de tres en tres, me abrieron la puerta unos familiares que ya la daban por muerta, entré en su habitación y no pude reprimir un sollozo, aquella muchacha vital y preciosa era ahora un cadáver viviente, sin mediar palabra la tomé en brazos, un individuo malcarado fue a decir una impertinencia y entonces lo vi claro, era el cerdo del marido

quien prefería verla muerta antes que pasara una semana conmigo a solas, y eso que ignoraba en qué consistía el verdadero tratamiento.

Con una andanada de energía negativa lo dejé en el suelo retorciéndose como un gusano, estaría así varios días, nadie más se atrevió a decir ni pio.

Situé a la pobrecilla en el asiento del copiloto, durante todo el camino fui conduciendo con una sola mano y tomando con la otra la de mi desgraciada amiga, diciéndole: “Aguanta pajarillo, ya llegamos”, mientras procuraba transmitirle la escasa energía que pudiera fluir con ese sistema, esperaba que fuera la suficiente para que no se muriera por el camino.

Solo llegar a la cabaña me dejé de preámbulos, en este caso no podía aspirar a sentir el erotismo ni la libido de otras ocasiones, aquel esqueletillo no podía haber inspirado ni a un obseso.

Fue la compasión lo que me movió, la desnudé la tumbé en la cama, separé aquellas piernas huesudas y le apliqué un lubricante vaginal, solo gracias a mi extraordinario poder conseguí tener una erección completa,

La penetré suavemente mientras le susurraba frases dulces al oído cuidando de no descargar mi peso sobre ella, finalmente unos leves quejidos me indicaron que, a pesar de su estado estaba teniendo una especie de orgasmo, entonces me dejé ir y descargué un potente chorro de semen en su interior.

Sentí miedo cuando vi que estaba inconsciente, pero me alivió comprobar que su respiración era suave y regular, me quedé dormido a su lado hasta que una vocecilla me despertó diciendo: “Tengo hambre”.

Aquello era una buena señal, riendo y llorando al mismo tiempo le dije: “Claro que si princesa, ahora mismo te preparo un manjar”.

No tuve demasiados problemas porque soy un maníaco de la despensa abarrotada y el congelador a tope, así que con ayuda del microondas y la batidora en quince minutos le había preparado un puré de pollo, guisantes y huevo que le fui dando con una cuchara, no sé qué hubiera dicho un chef de aquella bazofia, pero ella la encontró buenísima.

Aquella noche la tuve que llevar en brazos para hacer sus necesidades, limpiarle el culo y ducharla, lo curioso es que aquello no me causaba repulsión, sino que por el contrario me unía más a ella.

Dormí abrazado a ella, piel con piel, al amanecer me despertó un suave movimiento y vi cómo se dirigía por su propio pie al lavabo, no pude contener unas lágrimas, aquel cadáver revivía.

Al día siguiente quiso desayunar sentada en el sofá, pero inmediatamente la devolví a la cama, me miró con una sonrisilla y me dijo: "Ayer no me pediste permiso, me violaste, te tendré que denunciar".

Sin pensármelo mucho contesté: "¿Ha sí?, pues tendré que aprovechar porque lo mismo me condenarán por una violación que por doce".

Ante su sorpresa le volví a hacer el amor, esta vez no tan suavemente y sin precisar lubricante vaginal, en esta ocasión sus gemidos ya comenzaban a parecer los de una mujer en lugar de los de una rata tísica".

Al cabo de tres días ya caminábamos por el bosque, en una semana nos bañábamos en el lago, su cuerpo parecía un muñeco hinchable al que estuvieran bombeando aire, comía, dormía, defecaba, hacíamos el amor y volvía a comer, en quince días había recuperado su anterior tipazo y de ahí hacia arriba, sin embargo, nos quedamos un mes entero, no quería correr riesgos.

Cuando volvió a casa, espléndida como una rosa, su marido, en lugar de saltar de alegría la recibió con un gesto obsceno diciendo: "¿Que, ya te ha puesto a gusto tu jefecito?".

La vi hacer una complicada pirueta en el aire que acabó con un pie estampado en los morros de aquel grosero. Mientras el patán apenas acertaba a limpiarse la sangre en el suelo ella le escupió y le dijo: "Mañana inicio los trámites del divorcio, y ahora o te largas de aquí o te reviento".

Cuando hubo marchado me dijo con una sonrisa: "Lástima que tenga que guardar la confidencialidad, me hubiera encantado decirle - ¡Siii!, he follado como una loca y con un hombre de verdad, no con un media mierda como tú".

Aunque no tuvieran ninguna enfermedad específica, todas las que se consideraban mis amigas me fueron pidiendo audiencia en un momento u otro, querían ser más jóvenes, bellas, altas, sanas... Algunas utilizaban alguna argucia como: Que me han salido unas varices o que me duele la espalda, pero otras me declaraban sin manías: “Anda, arréglame un poquito, que no voy a ser yo la única gilipollas que se quede sin tratamiento”.

En general cada vez les impactaba menos el enterarse que el tratamiento consistía en hacer el amor conmigo, pensaban que, si otras once han podido, ¿Porque no voy a hacerlo yo?.

Poco después de que arreglara a la última de ellas tuve otra visita de aquel despacho de abogados, aquella vez me di cuenta de que no arrastraban el mismo temor de antes, se les veía más relajados.

A mi pregunta de: “Ustedes dirán” contestaron sin rodeos: “Bueno pues nos hemos enterado de que ha estado curando a todas sus amigas y más que dejarlas como nuevas las ha dejado mucho mejor, igual que a su mujer y su hijo”.

“¿Así que chafardeando mi vida he?”.

Por un momento el temor volvió a sus espíritus y se excusaron diciendo:

“Nada de chafardear es un hecho público, lo sabe toda la ciudad, no sale en los medios de comunicación porque ningún periodista se atreve a publicar nada que se relacione con usted, pero ellas lo exponen en las redes sociales, lo de la chica que le volvió a crecer la pierna lo han visto millones de personas”.

“Vale quedan excusados, ¿Qué es lo que me iban a decir?”.

“Era una propuesta, ya sabemos lo que dijo, que ese milagro solo podía realizarlo con aquellas mujeres con las que tenía una amistad anterior al rayo, pero si haciendo un terrible esfuerzo, pudiera efectuar una excepción, la cifra que podríamos llegar a pagarle sería desorbitada, eso representaría la riqueza eterna para sus descendientes, más dinero del que podrían nunca gastar”.

“Su oferta es muy tentadora, pero es absolutamente imposible”.

“¿Ni cómo total excepción?”

“Ustedes no lo entienden, yo ahora soy un depósito de energía destructiva, listo para atacar aquello que pondrá en peligro al mundo, si pudieran visualizarlo les daría miedo estar a mi lado, si quisiera podría destruir un país entero por capricho, he dejado de ir a darme masajes ni permito que nadie me toque, pero esa fuerza no es del todo inhumana y no quiso convertirme en un apestado, de alguna manera tomó nota de las personas que yo estimaba y les asignó una especie de código o clave personal que me permite encauzar esa energía en algo positivo”.

“Es difícil de comprender que algo letal se convierta en positivo”.

“No tan difícil, si usted arrojara una cerilla encendida a los sesenta litros de gasolina del depósito de su coche, la explosión lo mataría, pero canalizados a través de unos complejos mecanismos le trasladan de un lado a otro con comodidad y sin peligro, ahora tome usted un chorro de gasolina en el hueco de sus manos y pídale que le lleve del despacho a su casa, ¿A ver qué sucede?”.

Con un suspiro mi interlocutor contestó: “Lástima, hubiera sido un buen negocio”.

“Para ustedes también imagino”.

“No se lo vamos a negar, los intermediarios acostumbran a percibir comisión”.

“Lo siento, de donde no hay no se puede sacar. Pero antes de que se marchen he decidido dar una oportunidad a sus jefes para que demuestren cuan poderosos son, así que acepto su oferta de que me programen unas vacaciones con mi mujer y mi hijo por alguna de esas posesiones maravillosas que se supone que tienen”.

“¿Qué día quieren marchar?”.

“El lunes próximo mismamente”.

“¿A qué hora desean ser recogidos?”.

“A las nueve de la mañana estaría bien”.

“¿Que duración?”.

“Unos dos o tres meses sería perfecto”.

“El lunes estará todo listo”.

Cuando comenté con mi familia que nos iríamos de vacaciones unos noventa días resultó que tenían otros planes, el mes que viene era la boda de una sobrina y mi hijo tenía que comenzar los estudios, tomé la mano de cada uno de ellos y les dije: “No sé si os habéis planteado que dentro de un año yo tal vez estaré muerto, entonces tú podrás estar todo el tiempo con tu familia y tú estudiar lo que quieras”.

Mi mujer dijo con un sollozo: “No digas eso”.

“Es la pura verdad, cuando utilice este poder me consumiré como una cerilla usada”.

“Pues no lo utilices”.

“Vale lista, y entonces morimos todos”.

“Pero morimos juntos”.

“Genial, y tienes sobre tu conciencia la muerte de toda la humanidad incluido tu hijo, no seas egoísta, las cosas son como son, hay que aceptarlas como vienen y sacar el mejor partido de la situación, hablando de eso prepararos para una experiencia inimaginable”.

“Tienes razón. Pero el lunes es pasado mañana y no tengo nada preparado”.

“Primera sorpresa, me han dicho que vayamos a manos limpias, sin llevar nada de nada”.

Mi hijo asombrado intervino: “Pero algo para divertirme durante el viaje, una cámara de fotos, el ordenador, el móvil, unas gafas de sol”.

Y mi mujer: “Y algo de aseo personal, o de abrigo por si tengo frío”.

“Nada es nada, ya os he dicho que os preparéis para algo diferente a todo”.

A las nueve menos cinco minutos, una lujosa limusina estaba en la puerta de casa, hice una leve exploración tanto de la bella azafata como del chófer, no representaban ningún peligro, nos dirigimos al aeropuerto, pero en lugar de parar en la zona de embarque, el vehículo penetró por un camino distinto que le condujo directamente a pistas hasta llegar al pie de un flamante Airbus que no tenía pintado distintivo alguno en su fuselaje.

Nos recibió a bordo toda la tripulación, comandante, copiloto, sobrecargo, cocinero, ayudante, operador de radio, servicio de limpieza, camarero, somelier y tres azafatas, la que nos acompañaba me preguntó si daba el beneplácito a la tripulación, le dije que sí porque básicamente ya los había escaneado en treinta segundos, igual que al propio aparato.

Aquello era un verdadero hotel volante, en su versión turista podía haber llevado hasta ochocientos pasajeros, pero estaba preparado para nosotros tres. Teníamos dos espléndidas habitaciones, por si queríamos dormir, comedor, sala de estar, gimnasio, spa, sala de juegos sala de cine... ¿Qué más se podía pedir?.

Solo entrar, nos hicieron entrega de unos teléfonos móviles de tan última generación que no habían salido al mercado y tal vez no saldrían nunca, con una capacidad y prestaciones que dejaron a mi hijo anonadado.

A mí me sorprendió que estuvieran asignados a nuestros números de teléfono y tuvieran en memoria no solo nuestros contactos sino nuestro histórico de WhatsApp.

En las camas había pijamas de seda natural de nuestra talla, en los armarios ropa, por si queríamos cambiarnos, así como toda clase de productos de aseo, colonias, cosméticos Etc.

La comida no tenía nada que envidiar a la de un tres estrellas Michelin, después de la sobremesa, en la que me di el capricho de saborear uno de los mejores habanos que existen y un coñac que no se podía conseguir sólo con

dinero, vimos una película en 3D que aún no había sido estrenada, después mi mujer y yo nos retiramos para disfrutar de una siesta, no sin antes cerciorarme de que ninguna cámara nos grababa, mientras tanto mi hijo descubría que una de las azafatas era adicta a los mismos videojuegos que él. A la hora de la cena tuve que pedirles que hicieran un descanso.

No quise saber a dónde nos dirigíamos, ni la duración del viaje, cuando queríamos curiosear, podíamos hacer que en cualquier pantalla del aparato apareciera el paisaje que estábamos sobrevolando con mayor claridad que mirando por las ventanillas.

Reconocí Islandia, a partir de ahí una inmensa superficie helada y luego mar, mucho mar, supuse que habíamos atravesado el Polo norte y nos dirigíamos a una isla del Pacífico.

Llegamos al amanecer, tuve que convencer a mi mujer y mi hijo de que no necesitaban coger el pijama ni la pasta de dientes, solo tomamos los móviles, aunque no hubiera hecho falta, todo lo que grabábamos quedaba automáticamente salvado en una copia externa.

Descendimos del Airbus junto con dos azafatas por un elevador externo con ruedas que nos dejó junto a un enorme helicóptero que se puso en marcha en cuanto nos hubimos acomodado en sus mullidas butacas, aparte de las cuales había una completísima barra de bar, preparada para servir desayunos o lo que fuera, pero a esas horas estábamos inapetentes.

Pasamos más de una hora sobrevolando el océano sin ver nada de particular hasta que apareció en el horizonte una isla rodeada por un arrecife de coral.

Durante el trayecto una de las azafatas encendió una pantalla con una foto tomada desde lo alto de la isla, y nos explicó que la mitad estaba reservada para nosotros solos, en ella únicamente había una mansión con todo el lujo imaginable y por imaginar.

En esa zona podíamos comportarnos como quisiéramos, bañarnos desnudos, correr, gritar, Etc., nadie nos podría ver ni grabar. Pero si nos cansábamos de la soledad, la otra mitad contenía un resort donde un selecto grupo de personas pasaba sus vacaciones, y en el cual, podíamos entrar o salir desde nuestra zona, o incluso tomar una suite allí mismo,

también podíamos, si nos apetecía invitar alguna de aquellas personas a nuestra área privada.

El primer día nos quedamos explorando nuestra mitad exclusiva de la isla, comiendo manjares, paseando desnudos por las arenosas playas de coral, buceando en sus aguas y contemplando sus fondos que parecían el escaparate de una joyería de lujo, pero al día siguiente nuestro hijo propuso dar un vistazo a la otra parte.

Lo primero que hice al entrar fue escanear todo y a todos, había guardias de seguridad muy discretos, pero eran legales, no matones, había cámaras de vigilancia, pero más enfocadas a la seguridad que al espionaje de la intimidad, y la gente... Eso fue lo más curioso, pertenecían a grupos sociales y étnicos muy diferentes, pero tenían algo en común, habían sido seleccionados expresamente para crear un entorno que nos resultara agradable, no estaban allí por casualidad.

Por eso no había el típico baboso que mira a las mujeres como un perro en celo, ni el patoso chulo-piscinas, y aunque había mujeres bellísimas no estaba entre ellas la que se cree una diosa digna de adoración, también había jóvenes de la edad de mi hijo, pero ninguno era el vulgar zangarruzo gamberroide.

Asimismo, detecté que infiltrados entre los residentes había psicólogos con la misión de expulsar de inmediato a todo aquel que nos resultara desagradable.

La gente sabía quienes éramos y también que constituíamos la razón de que ellos tuvieran aquellas maravillosas vacaciones pagadas, habían sido bien aleccionados y no mostraban temor ni tampoco resultaban cargantemente amistosos.

Nuestro hijo no tardó en hacer amistades, tanto es así que tuvimos que aceptar la suite que tenían reservada para nosotros en aquella zona.

De entre todos sus amigos destacaba una morenita preciosa, a la que al cabo de unos días quiso llevar a “pasear” a nuestra zona reservada, tuve que convencer a mi esposa de que los dejara ir solos, con un simple toque en su frente yo ya me había ocupado de que no pudiera dejarla embarazada.

El tiempo allí transcurría plácidamente, lo mismo había veladas de jazz que espectáculos de folclore polinesio en la playa. En cuanto se dieron cuenta de que no era adicto al juego la mesa de ruleta y similares desaparecieron como por ensalmo.

Imagino que habían controlado la previsión meteorológica, porque durante los siguientes quince días solo hubo algunas nubecillas que ayudaban a realzar las puestas de sol y algún chubasco nocturno que refrescaba el ambiente.

El único incidente fue cuando tuve una repentina sensación de peligro, disimuladamente tomé la cámara de fotos que tenía a mi disposición y me dirigí al extremo del embarcadero, como si quisiera fotografiar la puesta de sol, allí la percepción se hizo más clara, mi hijo y su amiga estaban en una frágil barquichuela y un tiburón blanco que no había sido detectado por el sistema de seguridad porque nadaba en aguas profundas se dirigía hacia ellos.

La orden mental que le di a mi hijo lo dejó clavado en el fondo de la barquita, inmovilizó a su novia con un simple “quieta” y se quedaron esperando acontecimientos, el animal emergía a gran velocidad, tal vez pensando que la diminuta canoa era una presa, cuando faltaba apenas unos metros para alcanzarla le mandé una andanada de energía que le hizo cambiar bruscamente el rumbo, dar un salto en el aire y dirigirse en plan suicida hacia la playa donde quedó agonizando.

La muchacha, en un alarde de sinceridad, no pudo retenerse de comentar: “Parece que el ente protector de tu padre funciona también con la familia”.

A lo que mi hijo contestó: “Supongo que con todo lo que él apreciaba, pero no sabemos muy bien que es ni cómo actúa, sólo que es muy poderoso”.

El día dieciséis, el director nos comunicó que se acercaba una tormenta que duraría varios días y nos propuso ir a esquiar unos días a Suiza, a mi hijo le encantó la idea pero por otro lado le sabía mal dejar a sus recién adquiridos amigos y más aún a la que ya consideraba su novia, lo mismo nos pasaba a mi mujer y a mí, nos sabía mal abandonar la compañía de gente tan agradable, pero para nuestra sorpresa el director lo zanjó con un simple:

“No hay problema, ellos también pueden venir con ustedes”.

Al día siguiente organizamos una fiesta de puertas abiertas en nuestra mitad privada de la isla, a la que invitamos a todos los residentes, no queríamos que se quedaran con las ganas de conocer lo que allí había.

Al anochecer recogió a todo el grupo un yate tan enorme que más parecía un trasatlántico, cenamos y dormimos allí y al despertar estábamos junto al aeropuerto donde nos esperaba otra vez el flamante Airbus, aunque no acerté a saber si era el mismo remodelado en su interior para albergar más gente o simplemente otro.

De todas formas, todo el mundo tenía su habitación privada por si deseaba dormir, ducharse o desayunar allí mismo.

Noté que en este vuelo no estaba la azafata aficionada a los videojuegos, pero en esta ocasión a mi hijo no le hacía ninguna falta. Estaba claro que a quien organizara esto no se le escapaba detalle.

De toda la gente del resort nos acompañaron a Suiza sólo aquellos que eran aficionados al esquí, con la excepción de un par de parejas que, aunque no hubieran visto la nieve en su vida habían hecho muy buenas migas con nosotros, y por supuesto la novia de mi hijo con sus padres.

A estas alturas ya no me sorprendió que el lujoso hotel. incluyendo las pistas que partían a sus pies estuvieran reservados únicamente para nuestro grupo, ni que nos proporcionaran equipos de esquí que se nos adaptaban al milímetro, había aprendido a dejarme llevar.

Por la mañana una suave música nos despertaba a todos a la vez para que pudiéramos desayunar y comenzar las actividades juntos. Aunque estuvimos dos semanas se nos pasó el tiempo como si fueran dos días, la alternancia de actividades estaba magistralmente coordinada y adaptada al clima de cada día, tomamos el Glacier Express, acudimos a cenar a los restaurantes más típicos de la zona donde casi siempre se nos amenizaba la velada con folclore de la región, y en el propio hotel teníamos masajes a nivel maestro, sala de juegos y el Spa para relajarnos.

Allí ocurrió un suceso digno de mención cuando en la piscina de agua termal una de las chicas dijo señalando la braga del bikini: “Escuchar, estamos en familia y ya nos tenemos muy vistos, ¿Por qué tenemos que llevar este desagradable trapo mojado encima?”.

Noté que sin querer todas las miradas se dirigían a mí, así que quitándome el bañador contesté: “Me parece una idea excelente, quien quiera que se lo quite y quien no que se lo deje”.

La mayoría de gente se quitó el bañador al instante, y como casi todas las mujeres llevaban solo un minúsculo tanga no hubo mucha diferencia, los más reticentes fueron los hombres, sobre todo los jovencitos, aunque al cabo de media hora ya estábamos todos desnudos como monos, aquella costumbre se extendió a la sauna, el solárium, la sala de masajes, Etc.

Sin llegar a la orgía aquello creó un nivel de confianza y de compañerismo muy agradable, sobre todo entre la gente de mediana edad como yo, podías gastar o recibir cualquier tipo de broma, picante o no, sin que nadie se molestara.

Fueran quienes fueran nuestros anfitriones hicieron una verdadera exhibición de poder. En el resto de las vacaciones dimos una vuelta al mundo admirando completamente vacíos aquellos lugares que siempre están abarrotados de turistas porque “casualmente” ese día estaban cerrados al público por obras.

Cuando llevábamos ya tres meses fuera de casa me preguntaron si quería prolongar aquellas vacaciones, contesté que no, intuía que se acercaba el momento en que debía actuar.

Como regalo de despedida hicieron que la novia de mi hijo fuera aceptada a mitad de curso en la escuela más prestigiosa de nuestra ciudad y sus padres encontraran un excelente trabajo allí mismo.

Al despedirme me dieron una especie de teléfono móvil, aunque algo diferente, la contraseña eran mis huellas dactilares y no necesitaba marcar ningún número ni apretar botón alguno, al encenderse me ponía en contacto directo con aquella organización mundial, lo guardé por puro

compromiso aunque he de reconocer que lo utilicé mucho antes de lo que esperaba.

Había pasado una semana desde que regresamos en la que me dediqué a poner en orden mi pequeña empresa, aunque no hubiera hecho falta porque desde que mis cuatro empleadas/amigas habían recibido el “tratamiento” no solo habían mejorado en el aspecto físico sino en el intelectual, en aquellos tres meses habían logrado que la compañía ganara más dinero que en su historia anterior.

Aquello merecía un reconocimiento, así que la empresa les hizo un préstamo para que me pudieran comprar un paquete de acciones de la propia compañía a bajo precio, ya que el beneficio aún no estaba consolidado.

Con los dividendos del primer año ya podrían devolver el préstamo y serían dueñas de una décima parte cada una. Yo quise retener el sesenta por ciento porque me gusta mantener el control.

Fue en la noche séptima después de nuestro regreso, me desperté de inmediato sabiendo cual era la amenaza y como, cuando y por donde llegaría.

Me levanté silenciosamente para no despertar a mi mujer, cerré la puerta del despacho y conecté aquel artilugio que me habían dado, para mi absoluta sorpresa la pantalla se iluminó de inmediato apareciendo en ella la cara de una mujer sonriente que sin más preámbulos me dijo: “Buenas noches Pablo, ¿En qué podemos ayudarte?”.

“Pues... En este caso más que ayudarme creo que nos ayudaremos todos un poco, ya sé que es lo que nos acecha, necesito que las mentes más privilegiadas en astronomía, astrofísica y cualquier otra especialidad se pongan a trabajar”.

“Dame todos los datos que tengas y dentro de cinco minutos los mejores cerebros de la Tierra estarán en ello”.

Se lo expliqué lo mejor que supe: Un asteroide principalmente metálico, de unos setenta kilómetros de diámetro había penetrado en el sistema solar en

rumbo de colisión con la Tierra, mi misión era destruirlo poco antes del impacto, cuando estuviera al alcance de mi poder. El chorro de energía lo fragmentaría, convirtiéndolo en una lluvia de porciones del tamaño de una bola de billar. algunas se desharían inofensivamente al entrar en la atmósfera y otras saldrían despedidas hacia el espacio exterior.

Si llegara a impactar en bloque removería toda la corteza terrestre dejando el planeta convertido en una bola de lava, los océanos se evaporarían y la vida tardaría millones de años en resurgir, si es que resurgía.

En los días siguientes un enorme edificio de oficinas cercano a mí casa fue desalojado y reconvertido en centro de operaciones en un tiempo récord.

Allí yo trataba de concentrarme en averiguar los datos que permitieran a los científicos descubrir la situación exacta del asteroide asesino.

En una de las reuniones me expusieron una cuestión en la que no había pensado, y es que aquella brutal explosión y su metralla podría destrozar la mayoría de los satélites que en aquel momento se hallaran en el hemisferio, a lo que respondí: “En comparación con lo que pasará si llega entero será un mal absolutamente menor”.

Pero aquello me dio una idea, al día siguiente planteé a todos aquellos sabios la siguiente pregunta: “Si llegamos a conocer su velocidad, su masa y su trayectoria, ¿Podemos averiguar cuanto debería desviarse para dejarlo en órbita permanente y estable en torno a la tierra?”.

En lugar de contestarme se pusieron a discutir entre ellos como locos, hasta que al final callaron y uno de ellos contestó: “Puede estudiarse, pero para no correr riesgos debería ser un cálculo muy preciso”.

“Bueno, para eso están ustedes, además estoy seguro de que pondrán todo su empeño, se juegan su pellejo en ello, y el de todos”.

Aquella noche volví a conectar con mis patrocinadores y les pasé un mensaje: Si les interesaban trescientos billones de toneladas de metales preciosos, tierras raras y elementos que no podían encontrarse en el planeta podíamos llegar a un acuerdo.

La respuesta me llegó a los pocos minutos, esta vez en la pantalla apareció el rostro de un hombre de mediana edad que se limitó a decirme: “Defina las bases de su acuerdo”.

“Estoy pensando que en lugar de hacer explotar el asteroide y cargarme la mitad de los satélites de todo tipo, podría emplear una energía menor, la suficiente para dejarlo en una órbita baja, sé que su composición es muy valiosa, sería muy sencillo crear una base permanente de minería que fuera arrancando trozos y dejándolos caer en lugares donde no causaran daño”.

“Es una idea muy interesante, ¿Y que quiere usted a cambio?”.

“Si al utilizar menor energía logro sobrevivir, dirigiré una fundación que se encargará de causas humanitarias, ecológicas, defensa de los animales o de lo que me dé la gana, dicha fundación recibirá el cuarenta y nueve por ciento de los beneficios que se obtengan del asteroide y ustedes el cincuenta por ciento”.

“¿Y el uno por ciento restante?”.

“Para mí o mis herederos”.

“Le daré la respuesta en unos minutos”.

Apenas veinte minutos después la pantalla del aparatito se iluminaba y aparecía el siguiente mensaje: “Dado que nosotros tendremos que aportar todo el capital y tecnología para realizar la explotación, si es que llega a ser factible, pensamos que el reparto debería ser: Un veinticuatro por ciento para su fundación, uno por ciento para usted y sus herederos y el resto para nuestro consorcio. Para dejar firmado el contrato solo debe manifestar su aprobación y firmar con sus huellas dactilares”.

No me gusta regatear, así que acepté, si lo que pensaba del asteroide era cierto con una cuarta parte del beneficio podría hacer maravillas.

Finalmente consiguieron localizarlo y calcular su rumbo y masa, los datos que les había proporcionado eran exactos, si nada lo detenía arrasaría el planeta.

A partir de ahí, los científicos se dedicaron a preparar la partida de billar cósmica calculando que empuje debería aplicarse para desviarlo de su trayectoria mortal y dejarlo en órbita, desde que ángulo y cuál sería el lugar y el momento idóneos para efectuar el disparo.

Supe que una veintena de equipos trabajaban de forma independiente, comparando después sus resultados y ajustándolos a la millonésima fracción.

Tal como yo había solicitado se informó a la población mundial del riesgo potencial y de lo que se estaba haciendo para soslayarlo, pero añadieron algo que yo no había solicitado y es la ley marcial a nivel planetario, cualquiera que interfiriera mínimamente en los planes y tareas que se estaban realizando sería ajusticiado de inmediato, sin juicio previo ni invocación de ningún derecho.

Una secta comenzó a publicar que aquello era el Armagedón, el castigo de Dios por nuestros pecados y que no debía interferirse en su desenlace sino solo rezar.

Un misil destruyó la sede de la secta cuando se hallaban todos reunidos, los pocos que lograron escapar fueron ejecutados por comandos especiales, no importa en qué lugar se hallaran. Por primera vez en la historia todas las naciones estaban de acuerdo con lo cual fue como cazar patos dentro de un barril.

Pensé que se trataba de una solución muy justa, ellos deseaban el Armagedón y la muerte, pues les llegó, eso sí, unos días antes de lo que esperaban.

Finalmente localizaron el lugar desde donde debía efectuarse el disparo, era el macizo rocoso de Uluru, en el centro de Australia, inmediatamente equipos de ingenieros se desplazaron al inhóspito lugar para crear una enorme hondonada en forma de bol y rellenarla de las aleaciones más resistentes en diferentes capas para crear un punto desde donde yo pudiera aplicar el empuje necesario.

Algunos aborígenes australianos trataron de protestar e impedir la obra, porque consideraban aquel lugar sagrado, unos cuantos certeros disparos

en la cabeza cortaron de raíz cualquier intento de subversión. El resto de ellos declararon que se sentían muy orgullosos de que su monte sagrado fuera el lugar desde el que podría salvarse el planeta.

Las obras se ejecutaron con una celeridad pasmosa, en el centro de aquella coraza metálica crearon un hueco perfectamente adaptado a la mitad trasera de mi cuerpo desnudo con lo que tuvieron que preparar un molde en material plástico. Solo tuve que insinuar que no me gustaba que me sobara ningún hombre ni que me tocaran con guantes. Dicho y hecho me recibió un equipo multidisciplinar de artesanas, artistas, e incluso doctoras en medicina que me depositaron sobre el molde y me levantaron cuando hubo fraguado.

Con tantas maniobras efectuadas por aquellas bellezas tuve que contener mi pene para que no efectuara una erección completa, principalmente cuando me limpiaron los restos del material adheridos en mis nalgas y testículos.

Días antes del encuentro fatal ya habitábamos en un hotel improvisado levantado al pie de aquella roca. Un helicóptero me subía al hueco preparado a tal efecto y realizábamos toda clase de pruebas de conexión con los equipos científicos que me indicarían el momento exacto de efectuar la presión y el resultado de la misma.

Se habían lanzado docenas de satélites con la única misión de controlar segundo a segundo la trayectoria del mortífero asteroide cuando se acercara a la tierra, el cual había sido bautizado con un nombre fatalista y poco original: "Armagedón".

Supe que también se había creado apresuradamente una base lunar, a la que se habían desplazado no sólo técnicos, sino alguna persona muy importante, por si acaso mi solución fallaba.

Pensé que eran idiotas porque si la vida en la Tierra desaparecía, por muy bien preparados que estuvieran en aquella base, acabarían padeciendo una muerte lenta, y si nuestro plan no fallaba tendrían el doble riesgo del viaje de ida y de vuelta. Imagino que lo harían por el placer de sentirse los únicos supervivientes de la humanidad.

En un momento dado, algunos científicos me comentaron la posibilidad de lanzarle previamente una andanada de bombas atómicas, para tener dos oportunidades, me tuve que oponer ferozmente, imaginemos que fragmentaban aquella cosa, pero no la desviaban de su rumbo, un tenista puede recoger una pelota pero no una docena lanzadas simultáneamente.

Llegó el gran día, ningún evento había causado jamás tanta expectación en la humanidad, la salvación del planeta en directo, hacía días que algunas naves sin tripulación acompañaban al Armagedón en su fatídico viaje enviando fotos y vídeos de su brillante y acerada estructura y de su forma de punta de flecha, incluso algún satélite se había posado en la superficie corroborando lo que yo había pronosticado acerca de su composición.

Ascendí al macizo del Uluru en el teleférico que hacía tiempo se había instalado, pedí a todo el mundo que se retiraran, no sabía que efectos tendría la energía que iba a brotar de mí sobre lo que estuviera alrededor.

Me coloqué completamente desnudo en el hueco ergonómico creado para mí con un compuesto de carburo de tántalo-hafnio que podía resistir temperaturas de más de cuatro mil grados. Si no lograba controlar mi propia energía me freiría allí mismo como un pajarito.

Los sistemas de comunicación que me advertirían de cuanto y cuando debería empujar al Armagedón para ponerlo en órbita estaban multiplicados una docena de veces con diferentes métodos, por si todo fallaba, ya que dábamos por hecho que la energía que iba a desprender afectaría cualquier aparato electrónico que se encontrara alrededor.

Algunos de los artilugios eran de lo más ingenioso, cañones sónicos que desde una distancia de kilómetros podían mandarme mensajes simples, tono grave: Falta empuje, a medida que se hace agudo: Te acercas, y cuando suena un pitido intermitente: Listo.

Algo parecido se preparó con rayos láser de diferentes colores e incluso equipos pirotécnicos que harían explotar cohetes a gran altura conteniendo mensajes en clave.

Una pantalla transparente, delante mío, me señalaba con círculos concéntricos, como una diana, en qué lugar se hallaba el maldito asteroide,

cuando lo tuve localizado la aparté y pude ver aquel puntito fatídico a simple vista.

Comenzó la cuenta atrás segundos antes del punto en que los científicos calcularon que era el momento justo para darle el empujón, el paréntesis que tenía para realizar la maniobra no era excesivo, apenas siete minutos, si en ese tiempo no lograba completarlo... Se acabó el mundo.

A la cuenta de cero lancé todo mi poder contra él, la roca sobre la que yo estaba apoyado vibró, pero los indicadores que me advertían de su cambio de trayectoria apenas variaron, comprendí que esos billones de toneladas en movimiento no se dejarían empujar tan fácilmente, aquello me enfureció y me hizo lanzar una descarga que hizo temblar el inmenso monolito sobre el que me apoyaba.

A simple vista se apreciaba un rayo de un azul iridiscente que saliendo de mis manos extendidas se perdía en el espacio en dirección al objeto, ahora los indicadores comenzaron a marcar, aquello se movía, pero no era suficiente, concentrado como estaba solo percibía el cañón sónico que de sonido grave pasó a tenor, pero no era suficiente.

Hice un alto para recuperarme, el esfuerzo me había pasado factura y no había conseguido la meta, empujé con redoblada furia, el sonido se hacía cada vez más agudo, pero no llegaba al pitido intermitente que debía indicarme que el peligro había pasado, el tiempo se estaba agotando y mis fuerzas también.

En aquel momento pensé en todas las personas a las que yo quería, todo lo que yo apreciaba en este planeta y lo que les esperaba si yo fracasaba, curiosamente en lo único que no pensé es en mi propia muerte.

Aquella idea hizo que vaciara hasta la última gota de mi poder, el rayo ahora era de un color rojizo anaranjado, el pitido se hizo más agudo hasta llegar al deseado sonido intermitente que indicaba el éxito de la misión, el enorme monolito sobre el que me apoyaba se resquebrajó y se hundió un par de metros en el suelo y un terremoto sacudió toda la zona.

Detuve de inmediato la emisión de energía y con un último esfuerzo levité apartándome todo lo que pude del punto donde había estado tumbado que ahora estaba incandescente.

Me quedé tendido en el suelo como un pingajo, notaba que mi cuerpo ya no era el Tarzán musculoso de hace unos minutos sino más bien una pasa arrugada y quemada.

Tardé pocos segundos en oír el sonido del helicóptero ambulancia que venía a mi rescate, unos individuos, o más bien individuos, cubiertas completamente con ropaje blanco, me levantaron, entre diez, para no ejercer demasiada presión en ningún punto de mi cuerpo, aun así notaba sus guantes recubiertos de algún tipo de crema protectora como si estuvieran hirviendo, fui depositado en una especie de bañera portátil llena de algún tipo de fluido que poco a poco fue calmando el ardor de mi piel.

Dentro de aquel artilugio fui trasladado al helicóptero de carga que se puso en marcha de inmediato rumbo al hospital que ya estaba preparado para acogerme.

Allí me quedé flotando mientras unas manos cuidadosas vertían mediante una especie de cacitos aquella crema que me envolvía sobre las zonas de piel no sumergidas, se notaba que habían previsto que podría quemarme como el día que había recibido el rayo, pero con mayor intensidad.

Así me quede dormido mientras el mundo celebraba con una superfiesta su salvación, los religiosos decían que yo era un instrumento de Dios, los partidarios de la existencia de alienígenas que ellos me habían utilizado y otros que Gaia, el espíritu del planeta, me había activado para su propia defensa de la misma forma que el erizo presenta sus espinas ante el peligro.

Desperté al cabo de tres días, durante ese tiempo me habían sedado y alimentado con sondas, lo primero que vi al abrir los ojos fue la sonrisa de mi mujer que me había estado velando, pero no lo había hecho ella sola, todas las mujeres a las que yo había curado habían dejado momentáneamente sus ocupaciones y se habían turnado para acompañarme, en grupos de dos, por si una se dormía.

Lo primero que me enseñaron fue una enorme pantalla de televisión donde se podía ver al mortífero Armagedón, ahora domado, orbitando la tierra

cada tres horas aproximadamente. Además, al tener trazada una órbita polar, podía verse, en uno u otro momento, desde cualquier parte del planeta, como una luna acerada y puntiaguda, recordándonos que hace tres días pudimos haber dejado de existir.

Me fui recuperando poco a poco, pero no llegué ni a ser sombra del que había sido, había envejecido treinta años de golpe y la cosa no fue peor porque tuve toda la ayuda médica que la ciencia de aquel tiempo podía ofrecer, apenas pude volver a hacer el amor con mi mujer, principalmente acomplexado por ver la ruina en que se había convertido mi cuerpo junto a la hermosura del suyo.

Poco a poco me fue convenciendo de que me amaba no importaba cual fuera mi estado y llegó a enojarse como nunca la había visto cuando le sugerí que buscara un hombre más acorde con su juventud y lozanía.

Comencé a salir de casa con una cierta aprensión, más tarde me enteré de que se había dictado una orden a nivel mundial de que absolutamente nadie, bajo ningún concepto, debía importunarme de ninguna forma, ni fotografiarme ni seguirme con la mirada, el incumplimiento estaba castigado con severísimas penas. Más de un pobre crío se llevó un buen bofetón de sus padres por iniciar el gesto de señalarme.

Mi cuenta bancaria tenía transferida una cantidad absurda de dinero, bajo el concepto de: A cuenta de los beneficios de Mundial Satélite S.A.

Supe que ya se había instalado una base permanente en Armagedón desde la cual se arrancaban trozos de material que se lanzaban a la Tierra mediante una especie de catapulta de precisión que los hacía caer en determinadas zonas deshabitadas preparadas al respecto, donde eran recogidos algo chamuscados por el contacto con la atmósfera terrestre.

De momento se estaban enviando unas ciento cincuenta cargas de cinco toneladas cada una por día, pero los científicos advirtieron que de no hacerse nada al respecto, aquel monstruo caería a la tierra en unos mil años y a ese ritmo, durante ese tiempo solo habríamos desgastado la milésima parte, pero eso no me preocupaba, en mil años la humanidad tendría recursos que ahora nos parecían impensables.

Además, calculé que cada vez que se empujaba un trozo de roca hacia la Tierra se ejercía una mínima contrapresión hacia el exterior, lo cual retardaría algo la caída, pero eso sería problema de las generaciones futuras, yo ya había cumplido.

La exploración y el análisis geológico de Armagedón concluyeron que aún me había quedado corto en mis previsiones, el platino y el oro eran tan abundantes que se extrajeron en cantidades limitadas para que no se desplomara su precio, las tierras raras que en el planeta amenazaban con agotarse allí tenían filones incalculables y lo mejor de todo: Materiales desconocidos hasta la fecha, con propiedades antes inimaginables.

Mis desconocidos interlocutores cumplían adecuadamente, el dinero comenzó a fluir hacia la fundación que había creado en cantidades ingentes y yo no estaba para meterme en el berenjenal de dirigir aquello así que un día reuní a mi hijo y todas mis amigas en un salón privado de un restaurante, porque después de una excelente comida, las noticias se digieren mejor.

Cuando tomé la palabra se hizo el silencio total y comencé a decir: “Supongo que todos estáis al corriente de que poseo una fundación que manejará cantidades de dinero desorbitadas. Yo ya no estoy para esos trotes y no puedo dejarlo en manos de cualquiera, he pensado que tal vez haya entre vosotros algunos voluntarios para dirigirla”.

Todos al unísono se ofrecieron, así que proseguí: “Lo primero que deseo es que ese dinero no se malgaste alegremente, sino que se aproveche cada céntimo, trataremos de que gobiernos, empresas y particulares colaboren con nosotros y aporten otro tanto si es posible”.

Mi secretaria puso la nota pesimista: “¿Tú crees que nos harán caso?”.

“Bueno, tenemos el tirón de haber salvado al mundo, hay que explotarlo. Otro asunto es que todos los que nos vendan materiales o presten servicios lo hagan casi a precio de coste, más por el prestigio que por el beneficio”.

“¿Y a que nos dedicaremos, alimentaremos a los negritos hambrientos?”.

“Ahí es donde quería llegar, diréis que soy cruel e insensible, pero esa no será nuestra principal prioridad, nuestro lema será: - Con ayuda de todos salvaremos el planeta por segunda vez - “.

“Ya se por dónde vas, temas ecológicos”.

“Más o menos, porque si acabamos jodiendo este mundo, no habrá negritos ni blanquitos ni chinitos. Conseguiremos barcos que recojan la basura de los océanos tal vez reconvirtiendo antiguos petroleros, reciclaremos esos materiales para que tengan un nuevo uso, compraremos terrenos limítrofes a las selvas que aún quedan y si es necesario pondremos guardias bien armados, tipo guerrillero que disparen a todo el que se acerque a talar o quemar la selva o cazar animales, hasta incluso podemos utilizar drones tipo militar para aterrorizar a los furtivos”.

“¿Y no piensas que muchos desgraciados lo hacen porque no tienen otro recurso?”.

“Ahí es donde entramos nosotros, les ayudaremos si dejan de presionar las pocas áreas salvajes que aún quedan, incluso mejor si se instalan en zonas alejadas de ellas, si es necesario sobornaremos, chantajearemos, incluso podemos llegar a utilizar métodos mafiosos”.

“Nos pondrán a parir, ¿Y no haremos nada por los bebés desnutridos?”.

“Esa es otra, nuestra principal ayuda serán anticonceptivos, vasectomías, esterilizaciones... ¿Quieres ayuda para tus dos hijos?, te la daremos, pero primero pasa por nuestro hospital de campaña para que no llegues a tener siete y la cosa sea peor”.

“Sinceramente, te veo muy endurecido, como si además de quemarse tu cuerpo se hubiera quemado tu espíritu”.

“Lo que ha sucedido me ha dado una perspectiva mucho más amplia, el bebé desnutrido que puedas salvar hoy, igualmente habrá muerto dentro de un siglo, lo importante es que al cabo de mil años exista un lugar donde los bebés puedan seguir naciendo, la Tierra es como un animal enfermo, si ves una preciosa jirafa llena de sanguijuelas, no puedes pensar en apiadarte de las sanguijuelas”.

“Pero no son sanguijuelas, son personas”.

“Pero tan ignorantes o egoístas o ambas cosas que se están cargando lo que nos sustenta a todos, cuando el aire que respires sea puro veneno seguro que piensas de otra forma”.

“Te ayudaré, pero pienso que nos van a odiar”.

“Es que no vamos a ir con el lirio en la mano para que nos apedreen, crearemos grupos de presión, haremos campañas publicitarias, introduciremos nuestros peones en los medios de comunicación o compraremos algunos que ya estén introducidos, si jugamos bien nuestras cartas aún seremos héroes, aunque me importa un rábano lo que piensen de mí con tal de que nuestro mundo no vaya a peor, no me he quedado hecho una mierda por salvarlo para que luego lo vayan convirtiendo en un asco inhabitable”.

Y funcionó, porque aquel grupo no eran gente normal sino que tenían su capacidad mental multiplicada por vete a saber cuánto, reclutaron a los ecologistas más radicales de cada país que trabajaron para nosotros sin pedir nada a cambio, les proporcionamos todos los recursos imaginables y procuramos que además de su colaboración tuvieran un medio de ganarse la vida, para que no fuera preciso tenerlos en nómina, excepto aquellos que se dedicaban en exclusiva a la fundación.

Nuestro lema fue: “Salvaremos el mundo por segunda vez”. La cantidad de gente que se apuntó a nuestra causa nos dejó atónitos, ya que el hombre de la calle pensaba que se debía hacer algo para evitar el cambio climático y la pérdida de la biodiversidad pero que su esfuerzo personal no serviría para nada, pero por fin la gente se sintió parte de un grupo importante que tenía el poder de cambiar las cosas.

Gracias a la capacidad de mis chicas, y a la que a mí me quedaba detectamos a gente sin escrúpulos que intentaba apuntarse a nuestro grupo para ir escalando puestos por cualquier método y acabar dirigiéndolo, no fuimos muy duros con ellos, una depresión muy grave les acababa quitando de en medio, cuando les hubo sucedido a unos cuantos centenares, los intentos masivos cesaron y se convirtieron en un goteo esporádico.

En un momento dado tuve que volver a utilizar aquel comunicador con mis antiguos aliados, que sorprendentemente volvió a funcionar de inmediato,

les pedí audiencia y en esta ocasión la pantalla me comunicó que no aparecería imagen porque estaban conectadas doce personas en diferentes puntos del planeta, pensé que se les notaba interesados en dialogar conmigo.

Ante todo, les agradecí que estuvieran cumpliendo la palabra dada y me siguieran ingresando la cuarta parte del beneficio de la explotación, a lo que me contestó una voz socarrona diciendo: “Bueno no es tanto, usted sólo obtiene la cuarta parte del valor del material extraído, una vez deducidos los gastos de explotación, pero imagine lo que luego podemos obtener cuando convertimos esos elementos en productos consumibles”.

Tenía razón, me dejé de rodeos y fui al grano: “Pues bien, tal vez por agradecimiento, o porque no deseo enfrentarme a gente como ustedes quiero llegar a un acuerdo para que mi fundación no tropiece con sus intereses”.

“Para eso nos hemos reunido, para llegar a acuerdos, prosiga”.

“La energía a partir de recursos fósiles no renovables, ¿Harán que se siga usando hasta que nos asfixiemos todos?”.

“Tranquilo, le quedan apenas veinte años, no porque se agote, sino porque se han efectuado nuevos descubrimientos, gracias en parte a materiales que nos proporciona Armagedón, para entonces podremos fabricar vehículos eléctricos con una batería que les permita recorrer Europa sin recargar”.

“Muy bien, pero para fabricar esa electricidad hará falta quemar carbón o gas o fuel”.

“Para entonces la energía de fusión ya será un hecho, limpia e inagotable”.

“Aún nos queda otro punto de fricción, hablemos claro, a ustedes les interesa mantener a millones de personas en la miseria para disponer de mano de obra tirada de precio, pero el exceso de población es uno de los factores más contaminantes”.

“Eso también cambiará, a lo largo de medio siglo los robots podrán sustituir el noventa por ciento de la mano de obra esclava actual, prácticamente solo

se necesitarán técnicos cualificados a los que habrá que retribuir adecuadamente, así que sus campañas para el descenso de la natalidad no nos estorban”.

“Supongo que he de creer en su palabra, porque hasta ahora los hechos no confirman esas intenciones”.

“No se confunda, nosotros también habitamos este planeta y aunque, como pudo comprobar, disponemos de nuestros paraísos, cada vez la destrucción del hábitat es más global y nos puede acabar alcanzando a todos, así que sus campañas ecologistas ya nos convienen, por tanto, si en alguna ocasión encuentra un escollo insalvable no dude en llamarnos”.

Pensé que si mis aspiraciones no estaban enfrentadas al verdadero “poder” del planeta tenía vía libre.

A partir de ahí la cosa fue como una bola de nieve, hasta un punto en que la gente miraba de reojo a quien no estuviera apuntado en nuestra fundación, por otro lado, nadie podía olvidar lo que yo había hecho por la humanidad y el propio planeta, porque cada pocas horas podía divisarse en el cielo el paso de la saeta plateada Armagedón.

Llegamos a torcer la voluntad de gobiernos enteros, ya que nuestra opinión podía decantar el voto del electorado, tuvimos que amonestar a los más radicales de nuestro grupo que proponían (O incluso realizaban, aunque no se pudo llegar a probar) sabotajes y ataques de comandos en toda regla contra aquellas empresas, entidades o incluso población que contribuyera a la destrucción del hábitat natural, aunque la verdad es que les regañábamos con la boca pequeña y de cara a la galería.

Si una industria maderera comenzaba a talar un bosque primigenio, un dron se daba una vuelta a gran altura por la zona dejando caer unas partículas invisibles, en un par de días se desataba una epidemia mortal que, por supuesto, sólo afectaba a los seres humanos, evidentemente nosotros no sabíamos nada de aquello, son cosas de la selva que es muy peligrosa.

No sólo nos movíamos por tierra, también efectuamos presiones de todo tipo para acabar con la pesca intensiva, con las redes de deriva que tanto daño causaban a las especies oceánicas y la caza de mamíferos marinos,

siempre hubo compañías, e incluso algún país, que no cedieron a nuestras amenazas, entonces fue cuando nuestra ala más radical empleó métodos draconianos.

Nuestros satélites podían localizar los buques que efectuaban aquellos atentados contra la naturaleza, si teníamos dudas, nuestros drones podían confirmarlo y entonces... De una manera misteriosa aquellos barcos desaparecían sin dejar rastro.

A partir de ahí, las aseguradoras no querían contratar seguros con ese tipo de embarcaciones, los marinos no querían embarcarse en ellas, por necesitados de trabajo que estuvieran y los armadores acabaron pensando que era un mal negocio.

Hubo quien habló de lejanas explosiones nocturnas, algún satélite llegó a captarlas, alguna teoría conspiranoica afirmó que poseíamos submarinos y/o aviones con armas capaces de hundir un buque de gran calado en un instante, pero nadie pudo probar nada y si alguien insinuó lo más mínimo nuestros abogados le pusieron tantos pleitos que se le quitaron las ganas de repetir la jugada.

Han pasado treinta años desde que pude enderezar el meteorito y me he ido apagando como una lámpara sin combustible, esta tarde las enfermeras han colocado mi sillón favorito en la terraza de mi mansión en Suiza donde habito para que pueda contemplar el ocaso sobre el lago que tanto me agrada, mi mujer y mi hijo están asistiendo a la ceremonia de graduación de mis nietos los gemelos, pero mis tres enfermeras me cuidan como unas madrazas, es extraño que ahora me hayan dejado solo ni que sea por un minuto.

Unas voces alegres me saludan, ahora lo entiendo, son todas mis amigas, a las que curé o arreglé, han venido a celebrar conmigo el aniversario de mi triunfo sobre Armagedón, ellas están guapísimas, como si en lugar de treinta años hubieran pasado cinco y las muy picaronas, conociendo mis gustos se han enfundado unos vestidos de fiesta de vértigo, besos, risas y el champagne corriendo a raudales, no debería tomarlo, pero qué más da, para lo que me queda.

En un momento dado me pongo serio y les digo: “Igual os vais a cabrear conmigo, pero no puedo irme al otro barrio sin explicaros un secreto”.

“Cuenta, cuenta, nos encantan los secretos”.

“Recordaréis que sólo hubo una forma en que os pudiera curar una enfermedad mortal o simplemente reconvertiros en mujeres digamos... Superiores en todos los aspectos”.

“Como olvidarlo, yo cada vez que me acuerdo mojo las bragas”.

“Pues os engañé, sí que había otra forma”.

“Serás so cabrón, si no fuera por el ente protector que aún puede estar vigilando te daba dos hostias”.

“Pues ya puedes dármelas porque también es un rollazo, el ente era yo mismo que tenía el poder de hacer aquellas cosas y más”.

“Así que con sólo ponernos la mano en la frente podías habernos curado, pero dijiste: Ya de paso me las follo”.

“No corazón no es eso, cada polvo hubiera equivalido a doce horas de estar concentrado con nuestras cabezas juntas, era penoso para mí y para vosotras pero no imposible como os hice creer, así que pensé: ¡Qué demonios vamos a tirar por la vía rápida! ”.

Yolanda ha tomado la palabra para decir: “Pues a mí ya me parece bien la vía rápida, aunque no era tan rápida, a partir de entonces no he encontrado ningún tío que sea capaz de darme marcha una hora seguida”.

A partir de ahí se ha empezado a reír y su risa ha contagiado a todas las demás, hasta yo me estoy riendo sin descanso a pesar de mi estado, se me está comenzando a nublarse la vista, pero no puedo parar de reír, creo que me estoy muriendo... De risa.

FIN...